

LOS "GALSONSILLOS"

"CUENTO VASCO"

José Ugalde —Josecho, como todos en Ormaiztegui le llamaban— supo de pronto, que no estaba solo por completo en el mundo.

Un día le llamó don Sebastián, cura párroco del pueblo, y le dijo señalándole a un señor calvo y rechoncho que lo miraba con sorpresa y ternura:

—Te voy a dar una buena "notisia", Josecho. ¿No le "oístes" hablar alguna "ves" a tu madre de su hermano don Isidoro, el que se marchó a las Américas? — Y como viera el buen sacerdote que Josecho no respondía, quizá de vergüenza, o más bien de miedo, al verse todo sucio y desarrapado ante un hombre de tan blanco chaleco, abultada cadena de oro y formidable bastón de caña, le dijo paternalmente: —Eres un "soqueté", hombre. Este caballero es don Isidoro Ermua, tu tío, el hermano de tu madre...

Con júbilo y emoción, don Isidoro, avanzó unos pasos, los brazos en cruz, y entre ellos estrujó a su antojo el recio cuerpo de su sobrino, desconcertado más aún por las cariñosas frases de aquel señor, que él solo comprendía a medias.

—¡Josecho! ¡Cómo te va querido! ¡Ingrato! ¿No te acuerdas del tío Isidoro? ¡Pucha, que estás hecho un mozo lindo!

II

Pronto se convenció don Isidoro, con viva pesadumbre, de que sería en balde todo lo que él hiciera y gastara por educar a su sobrino, que ya había cumplido los diecisiete años y no hacía otra cosa que jugar a la pelota en el frontón del pueblo, una de las paredes laterales de la iglesia... El mozo se había escapado ya dos veces del colegio de Deusto, y cuantos libros le compraba su tío, los cambiaba por lana y goma para hacer pelotas.

—Todos mis esfuerzos —pensaba don Isidoro, descorazonado— serán al divino botón. Este será siempre un atorrante. Y es lástima, porque no parece zonzo. Pero ni siquiera le gusta ir vestido como la gente... Y en efecto, así era. Ya no iba descalzo, pero en cuanto salía de casa, Josecho se quitaba el saco, llevándolo siempre al hombre. Cuello y corbata no se puso más que un solo día, es decir, unos momentos. El primer amigo con que se encontró en aquella ocasión, le llamó "tirilla", aludiendo a la corbata y el cuello, y entonces él avergonzado tiró ambas cosas al río. Y de ropa interior, no había que hablar. En verano, debajo de su cana se veían siempre su camiseta y calzoncillos... Transcurrió un año, durante el cual, si bien no aprendió a escribir del todo, el muchacho hizo tales adelantos en el juego de pelota a mano, que pronto se destacó entre todos los jugadores del pueblo, ganando la mayoría de los partidos y, por tanto, infinidad de litros de sidra y una más que regular cantidad de pesetas.

Don Isidoro se fué acostumbrando a la idea, tantas veces expuesta por Josecho,

que quería ser pelotari, en vista de sus asombrosos triunfos en la cancha y de su "tirria" a todo lo que fuese trabajar en algún oficio, y mucho más abrir un libro. Al fin se decidió, cuando en ocasión de las fiestas del pueblo, Josecho les ganó a cuatro buenos jugadores llegados de Rentería.

—Te saldrás con tu berretín —le dijo el tío al sobrino entonces—. Y "pa" que veas que te quiero, a pesar de tus muchos defectos, yo te ayudaré en todo lo que necesites. Recorreremos Azcoitia, Tolosa, Eibar y Elgoibar "pa" que te entrenes antes de debutar en Bilbao o en San Sebastián. Saldremos la semana que viene. ¿Quieres algo más "entodavía"?

—Sí —contestó Josecho, hosco y ruborizado—. Antes de marchar, quisiera casarme con la "Engrasia", la hija de Cosme el alpargatero.

—Me parece muy bien, hombre. No "conosco" a esa chica, pero te conviene mucho casarte, para triunfar en tu profesión... y te casarás. Yo te daré la plata que te haga falta.

Una semana después, Josecho y Engracia, en un vagón de segunda, pasaban por el famoso puente de Ormaiztegui, rumbo a Vitoria. Allí abajo, en el pueblo, don Isidoro y el cura platicaban amablemente ante dos enormes vasos de sidra.

—Después de todo, él "parese" duro como el quebracho. Y siendo "honrao", aunque sea pelotari.

—¡Claro! Peor hubiera sido que le "habría dao" por el toreo, como al hijo de Pachicu.

III

A su último mes había llegado ya el año 1908. La noticia cayó como una bomba en el café Europa, de San Sebastián, sitio predilecto, entonces, de los donostiarras amantes del viril juego de la pelota.

—Esto está bien clarito —dijo Tomás Damborenea, enseñando a sus amigos, con énfasis y mal reprimido placer, la crónica de "Sport vasco" de "La Voz de Guipúzcoa". Y añadió:

—Podéis leerla si queréis, "pa" que se vea que no son "brolas" mías.

Tomó el periódico Serapio Sasiain, uno de los contertulios, señor gordintlón y coloradote, dueño de una acreditada tabajería y de una panza absurda, y abriendo desmesuradamente los carneriles ojos, leyó



"El saque correspondió a Josecho..."

(Dibujo de Requena Escalada.)

con voz temblorosa: "El domingo próximo tendremos ocasión de convencernos de la valía de Chiquito de Ormaiztegui, pues se le ha puesto un gran partido, quizá demasiado fuerte, para su debut ante el público del Frontón Moderno. Con saque libre para ambos, jugarán a 22 tantos, mano a mano; el veterano Susterra y José Ugalde, que así se llama el debutante, quien, si no son exageradas las noticias que nos han dado, está llamado a dar más de un dolor de cabeza a nuestros más aplaudidos pelotaris."

—¡Ji, ji!—exclamó con voz gutural uno de los del grupo, esforzándose por reír—. Ese es un ilusionista, un pobre "coitao". ¡Ponerse con Susterra! Cuatro apuestas de 100 a 40 le hago yo ahora mismo al que quiera... ¿No hay quién me juegue?—agregó petulante.

Todos callaron. Por fin, Damborenea dijo:

—Hombre, "pa" que no seas tan chillón, yo te voy a agarrar una... No sé cómo juega ese chiquito, pero Susterra—y lo dijo entre fanfarrón y commiserativo—, ése va va "pa" abajo.

IV

Llegó el domingo señalado para la lucha. Siempre apasionaban a los buenos aficionados los partidos de mano a mano, pero el de Susterra y Chiquito de Ormaiztegui interesaba con mayor motivo, ya que uno de los contendientes era nuevo en San Sebastián, Meca entonces del juego de pelota a mano, donde actuaban casi de continuo los famosos Chiquito de Azcoitia, Baltasar, Errezábal, Urcelay, Cantabria, Susterra, Tacolo y tantos otros excelentes cultivadores del arrogante juego vascongado. El frontón se encontraba atestado de gente, habiendo sido necesario colocar varias filas de sillas en los últimos cuadros, pues en el tren de las dos de la tarde habían venido muchos aficionados de los pueblos vecinos. En uno de los palcos se veía a don Sebastián, don Isidoro, Engracia y seis o siete "caseros" de Ormaiztegui, que habían "visto nacer" a Josecho, y cuya proeza en la capital guipuzcoana no querían dejar de presenciar. Antes de comenzar el partido, los corredores voceaban las apuestas en una proporción de 100 duros a 65, y aun de doble a sencillo, en favor de Susterra, sin que durante los primeros minutos se concertase travesía alguna. El primer "va", indicando que se aceptaba la apuesta, lo pronunció solemnemente don Isidoro, quien, envalentonado al ver que era blanco de las miradas de mucha gente, comenzó a decir "va, va", sin darse cuenta exacta de lo que hacía, hasta que un fuerte tirón que del saco le dió Engracia, le hizo recobrar su calma habitual. Recontó entonces los boletos, viendo con estupor que se jugaba más de dos mil duros a favor de Josecho.

Un aplauso cerrado y algunos bravos y vivas señalaron la presencia de Susterra, ágil y deforme, que agradecía la ovación meneando con timidez la enorme

cazota, mientras reían infantilmente sus lívidos labios, gruesos y sensuales.

Instantes después, apareció Josecho en la cancha, alto, fornido, flexible, al aire la enmarañada cabellera rubia. Venía con paso tardo e inseguro, mirando al suelo, rojo de emoción.

Se oyeron algunos aplausos y una estentórea voz: "¡Bravo, Josecho!" Era don Isidoro, que en compañía de don Sebastián y los "caseros" aplaudía furioso, puesto en pie. Detrás del párroco, ocultándose al público, Engracia lloriqueaba, moviendo levemente los labios. "Se diría que rzaba..."

En el breve ensayo que efectúan los jugadores a fin de probar el bote y la dureza de las pelotas, calentándose al mismo tiempo las manos, Susterra, con su proverbial astucia, estudió el juego de su contrario, convenciéndose en seguida que no podría "marcarlo" así como así, pues pegaba mucho y tenía una zurda magnífica.

El saque correspondió a Josecho, que estaba azoradísimo. Lo hizo desdichadamente. Pared grande en el 4... Susterra, sin dejar de sonreír, agarró con la izquierda, y simulando que iba a dar un "mangazo", hizo una dejada "con pique", que no pasó del medio cuadro apenas. Se tiró Josecho al suelo, pero en vano. La pelota no botó. Susterra oyó una gran ovación.

Poco a poco, Josecho fué calmándose, ganando varios tantos a "botí-bole", que a pesar de no llevar gran dirección, eran incontrarrestables debido a su enorme violencia. Josecho, no obstante, no estaba bien, no jugaba a gusto. Con frecuencia se tanteaba los muslos, como si le dolieran. No alcanzaba muchas pelotas. Una carambola bastante clara ni siquiera la corrió. Sonaron algunos silbidos. El tablero marcaba 14 para Susterra, contra 7. Encendido, congestionado, don Isidoro vociferaba: "¡No te acobardes! ¡Animo, Josecho!"

Avergonzados, don Sebastián y sus amigos, seguían la lucha con ademán triste, sin poder ocultar el bochorno que la probable derrota de Josecho les producía.

La pobre Engracia paseaba llorosa por los pasillos, no entrando al palco más que cuando se oían algunos aplausos, que eran casi siempre prodigados a Susterra. 17 por 10... Entregó la pelota Josecho al restar una arrimada, y astuto Susterra, con seguridad absoluta, dió unas dos paredes falsas, irreprochables, que Josecho no vió, cayendo al suelo al intentar seguir la pelota, desandando lo corrido. El público tributó a Susterra una ovación delirante. En la cancha cayeron no pocos duros y cigarros, y algunas monedas de oro.

Mohino, compungido, desalentado, Josecho se retiró de la cancha, acompañado por uno de los jueces.

—¡Ji, ji!—bramó el de las cuatro apuestas de 100 a 40—. ¡De miedo será, pues!

Unos minutos después, volvió Josecho. Ahora venía nervioso, iracundo. Se cambió las alpargatas, quitándose las medias.

Eduardo Armesto
ODONTOLOGO

Viteri, 7, 1.º
Teléfono 60-50

San Sebastián

Ya no gritaban apenas los corredores. Sólo de vez en cuando se ofrecían algunas apuestas de 80 a 4 y de 20 a 1, que no eran aceptadas.

Y sucedió algo imprevisto. Ganó un tanto Josecho, y de la mitad del frontis empezó a sacar a "boti-bole", pero con tanta fuerza y dirección, que las pelotas botaban en el cuadro 6 y medio, arrimándose casi en el 9...

Entre gritos, exclamaciones y frenéticos aplausos, Josecho igualó a Susterra en el tanto 21, de una volea soberbia, después de un forcejeo accidentadísimo, en que Susterra "tiró a tanto" ocho o nueve veces, con la pelota entregada.

Descansaron los jugadores unos minutos, durante los cuales, en medio de una gritería ensordecedora, todos querían cubrir sus apuestas. Don Isidoro, parado en su silla, descubierto, desabrochado el chaleco impoluto, chillaba, bendecía y largaba toda clase de atrocidades, mitad en vasco, mitad en criollo, con voz carrasposa y enronquecida. Los "caseros", agitando convulsos sus boinas, perdido ya todo el comedimiento, soltaban en vascuence tacos y más tacos, animando a Josecho.

Antes de sacar, Josecho miró al palco de Engracia, y al no verla, musitó velozmente un Ave María. Tomó "aviadura", y dió un "boti-bole" estupendo, que restó débilmente Susterra, entregando la pelota en la mitad de la cancha.

—¡Atrás!, ¡"archa"!—rugieron más que gritaron don Isidoro y los "caseros".

Pero Josecho no oía. Furioso, ciego, con ímpetu increíble, tiró una rasa al rincón, perdiendo el equilibrio al hacer el asombroso esfuerzo. La pelota dió un centímetro encima de la chapa, sonando en la pared como un tiro. Fué un segundo de indecisión, de emocionante duda. Se oyó un alarido de rabia. Lo lanzó Susterra, que al querer volver la pelota se destrozó las uñas contra el suelo. Los jueces dieron "buena". La mayoría del público ni vió la pelota.

Los espectadores se abalanzaron a la cancha. Don

Isidoro iba el primero. Y abrazó vehemente a Josecho, besándolo con glotonería en la sudorosa cabeza.

Dos horas después, cenaban todos en "La Urbana". Engracia, pálida, desencajada, reía constantemente.

—¡Qué susto nos has "dao"!—decía don Isidoro a Josecho, con ternura y admiración.

—Ya, ya—añadió uno de los "caseros"—; "pare-sías" como "atontao". Aquella volea con "paré" chiquita, ya hubieras podido coger "fasil" si hubieras corrido.

Josecho miró de pronto a don Isidoro. Por sus ojos cruzó una ráfaga de ira. Fué a levantarse, pero lo hizo perezosamente, y ¡ay!, dijo, llevándose las manos al pantalón.

—¿Eh?—preguntaron todos.

—No, no es nada. Una ventana que "me" se ha hecho en el pantalón—dijo sonriendo Josecho.

—¿Pero te has roto también los "galsonsillos"?—le preguntó don Sebastián, examinando el agujero hecho en la tela por un clavo de la silla—. "Te" se ve la carne...

—¿Los "galsonsillos"?—interrogó Josech, encolerizándose de repente—. No me hable, no me hable más. Esta tarde los he "tirao" durante el partido.

—¿Qu. los has "tirao"?—preguntó alarmado y como reconyeniéndole don Isidoro.

—Sí, los he "tirao", sí—respondió con dureza Josecho. Y añadió—: Como no los había "usao" nunca, no me dejaban correr... ¡y a ver qué iba a "haser" yo! ¿Iba a perder el partido?

—Pero...—intentó decir Engracia, entre ruborizada y ofendida.

Mas Josecho, iracundo, continuó sin hacer ningún caso:

—Y óigamelo usted bien, tío Isidoro: nunca jamás en toda mi vida he de llevar ya "galsonsillos".

AGUSTÍN REMON.

FABRICA DE ALPARGATAS

HIJO DE BONIFACIO ECENARRO

TELEFONO 60-70
RENTERIA

Venta al por mayor y menor.
Gran surtido en calzados de todas
clases. Medias y calcetines.

Bar BASILIO

Café Exprés - Vinos y licores
de las mejores marcas

Viteri, 39

RENTERIA

MARICHU

CAFE-BAR

Especialidad en banderillas y bocadillos.
Vinos y licores de primera marca

Teléfono 62-85

RENTERIA